

LUIS MONTOTO

ANT

XIX

1270/9

EL
REGRESO

SEVILLA: 1879

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^ª, EDITORES

Tetuan. n.º 24

HESPERIA
LIBROS
Plaza Los Sitios, 10- ZARAGOZA

EL
REGRESO

EL REGRESO

ADVERTENCIA

El presente poemita tué escrito con el propósito de optar al premio prometido por el *Ateneo Científico y Literario* de Almería, en el año corriente, «á la mejor poesía lírica, con libertad de asunto.» Los jueces del certámen, señores D. José de Castro y Serrano, Marqués de Valmar y Don Gaspar Nuñez de Arce, glórias de las Letras Españolas, acaso atendieron al adjudicarle el premio, más que á su escaso mérito literario, si tiene alguno, al asunto de la obra y á los deseos de su autor.

Al publicar hoy *El Regreso*, cediendo á las instancias de muchos y buenos amigos, advertimos que hemos modificado en parte levísima el original premiado; añadiéndole el capítulo quinto y algunos tercetos que aparecen en los señalados con los números tercero y sexto, y corrigiendo vários defectos que no advertimos en aquél tal vez por lo perentorio del plazo dentro del cual tuvimos que dar por terminada nuestra obra.

EL AUTOR.

20 cent.

R-74-685



LUIS MONTOTO

ANT
XIX
1270/9

EL
REGRESO



SEVILLA: 1879

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^a, impresores de Cámara de S. M. y de
SS. AA. RR. los Serms. Sres. Infantes Duques de Montpensier.
TETUAN, 24.

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

AL SR. D. JOSÉ CARMONA Y RAMOS

A usted, amigo mio, que, sin yo merecerlas, me dá continuamente pruebas de amistad desinteresada, —mejor diría de amistad verdadera, porque la amistad es abnegacion y desinterés— dedico este poema desprovisto de todo mérito, como hijo de mi imaginacion estéril, no por lo que valga á juicio de los que en caridad y con benevolencia lo juzguen, sino por el precio que, como obra mia, tiene á mis ojos; que no soy padre desnaturalizado, y quiero á los hijos de mi pobre ingénio como á pedazos de mis propias entrañas.

¿Qué es, en suma, EL REGRESO?

He pretendido narrar con poético estilo los diferentes estados por los que pasó mi espíritu en los últimos años de mi vida, aunque, lo confieso ingenuamente, mi imaginacion ha recargado de sombras uno de los cuadros que expongo á la pública censura. Si bien se mira, se encontrará en él algo que no me es propio, porque pertenece á todos los que

vivimos en este siglo de luchas titánicas y de contradicciones pasmosas.

¿Quién—puesta la mano sobre su pecho—afirmará que el áspid de la duda no se ha clavado en su corazón?

La ciencia, ensanchando de día en día los límites que la aprisionáran durante largos siglos, y proponiendo á la resolución del hombre problemas, cuya sola enunciación asusta á unos, desalienta á otros, y llama á todos á reflexión propia; el comercio humano, llevando al hombre á la plaza pública y sacándole á viva fuerza del recinto murado de la casa; las nubes de polvo que los ídolos de ayer levantan, al caer desde sus pedestales; la batalla incesante y ruda en que, á nuestro pesar, nos vemos envueltos, y en la cual las balas rasas son ideas y el resplandor del incendio lo exhala el fuego del pensamiento; todo esto aturde y enloquece á los más débiles, y, en momentos determinados, desalienta á los más fuertes.

¡Desgraciado de aquel á quien la Fé no saca de la noche más triste de su vida!

Sin fé en la actividad infatigable del espíritu humano y en su perfeccionamiento, no puede existir el progreso; como sin fé en las eternas verdades que el Cristianismo enseña no puede haber consuelo.

Perdida la fé, cae el hombre en estado de indiferentismo tal, que sólo se preocupa con los goces materiales.

Sin fé en las verdades que enseña nuestra sacrosanta religion, sin fé en la ciencia, no existe el entusiasmo; y la vida sin entusiasmo es carga enojosísima.

Triste es decirlo; pero es más triste el hecho. El indiferentismo se enseñorea de todo en nuestra patria. Para la generalidad de las gentes la religion de nuestros padres es lámpara que agoniza; la ciencia, jerga incomprensible, y la política juego en el que siempre pierden más los que más ponen.

Cuando no se espera nada de Dios ni del hombre, el suicidio brinda á los cobardes con la quietud eterna. Toda sociedad indiferentista es una sociedad suicida.

Toca, á mi entender, á la Poesía, que es el lenguaje del sentimiento, llama, á las puertas del corazon humano, como toca á la Ciencia abrir de par en par las del entendimiento, y afirmar lo que hay de permanente en medio de esta mutabilidad incesante, de este cambiar continuo, que es llamado vida.

Acepte usted, amigo mio, la dedicatoria de EL REGRESO, como pobre presente que hago á la amistad, yá que no puedo dedicar al hombre de ciencia y al jurisconsulto cosa mia que sea digna de su talento.

LUIS MONTOTO.

EL REGRESO

I.

La noche era tan fría y tan oscura,
que llegué á sospechar, por un instante,
si me hallaba en la negra sepultura.

Fatigado, convulso, jadeante,
negué que hubiese un Dios que desde el cielo
se acordase del triste caminante.

Cayó mi cuerpo sobre el duro suelo:
la noche, sin estrellas y sin luna,
dejó en mi corazón todo su hielo.

Maldije del rigor de mi fortuna,
y hasta del árbol que prestó madera
para labrar el nido de mi cuna.

Era mi rábía tan profunda, que era
superior mi coraje al que derrama
por sus sangrientas fauces la pantera.

En mí prendió su destructora llama
el orgullo rebelde y altanero,
y envidié á Lucifer, porque no ama.

Si una sola cabeza el mundo entero
tenido hubiese, mi convulsa mano
la habria cercenado con mi acero.

Y no fué el hombre para mí un arcano:
ví, con espanto, que era de serpientes
infecto nido el corazon humano.

Me halagaban las voces maldicientes
de los precitos como yo, y su pena,
y el rechinar horrible de sus dientes.

Con mi dolor forjando una cadena,
del desaliento me amarré á la roca,
de frio escepticismo el alma llena.

¡Ah, cuando el alma en el abismo toca
de la duda cruel, hasta el amante
beso se hiela en la marchita boca;

deja la flor lozana y rozagante,
por el menudo polvo del camino,
el tallo en que se ostenta vacilante;

y el triste y fatigado peregrino
maldice de la luz pálida, incierta,
que derrama el lucero vespertino!

¡Quién con la senda practicable acierta
cuando está el alma, de lidiar rendida,
para la fé y el entusiasmo muerta!

Los instantes más dulces de mi vida
fueron como los juncos y espadañas
que arrastra el río en su veloz corrida.

Revistiendo las formas mas extrañas,
mis infantiles sueños de pureza
se trocaron en mónstruos y alimañas.

De tanto y tanto sueño de grandeza
quedó en mi corazon sólo el vacío,
y abrumadora nube en mi cabeza.

¿A dónde fué mi desbordado brío?
¿A dónde aquella abnegacion sublime?
¡Faltó á mi pobre corazon rocío!

¿Purifica el dolor y nos redime?
Pero ¿qué alcázar abrirá sus puertas
al que en la noche de la duda gime?

¿A dónde encaminar plantas inciertas,
si las corrientes de la vida humana
tan sólo para el mal están abiertas?

¡Qué me importa la luz de la mañana,
que lucirá tras la ondulante loma,
si es, como todas, esperanza vana!

Como á su propio peso cayó Roma,
así el alcázar del humano sueño
por la virtud del tiempo se desploma.

Y en vano el hombre con tenaz empeño
reedificarlo en sus cimientos quiere:
¡No queda del alcázar ni el diseño!

Si con sus dardos en el alma hiere
el desengaño, la razon se apaga,
y el hombre gime, y desespera, y muere.

El sueño, que de niños nos halaga,
tédio causa despues, y el goce mismo
de todo humano bien nos empalaga.

¿Por qué triunfará siempre el egoismo
de todo sentimiento generoso,
del corazon en el profundo abismo?

¿Por qué en el irritado y proceloso
amargo mar de la existencia mia
no encontré franco puerto y cariñoso?

¿Por qué el amor, al que con fé seguia,
no me dejó una flor en su carrera,
y, al irlo yá á alcanzar, desaparecia?

¡Tambien era el amor un sueño, y era
como la pompa de jabon que al viento
el niño dá para que vuele y muera!

¡Ilusion engañosa del momento,
que al venir nos regala una mirada,
un beso, una sonrisa, un dulce acento!

¿Cuál fué de la amistad, cuál de la ansiada
glória el destino? El de la blanca espuma:
primero rica pompa, luego.... ¡nada!

¿Será el alma inmortal la débil pluma
que á merced de los vientos revolea,
ya entre la luz, ya entre la densa bruma?

¿O bajel sin timon, que se pasea
por la llanura líquida, juguete
del continuo variar de la maréa?

Si sólo copa del dolor promete
la vida miserable que vivimos,
¡nécio de aquél que por vivir se inquiete!

¿Qué crimen, qué delito cometimos
áun ántes de nacer? ¿Cuál fué el pecado
cuya condena terrenal cumplimos?—

Así exclamaba yo, desesperado,
¡ay! en aquella noche de mi vida,
más larga que el dolor de un condenado;

sin que á mi voz cansada y dolorida
el eco respondiera, ni la luna
me enviase su lumbre apetecida.

Sin fuerzas yá, sin esperanza alguna,
morir en aquel punto hubiera sido
el palacio asaltar de la fortuna.

Sopor intenso me embargó el sentido,
y tal, que nadie asegurar podría
si muerto me encontraba ó si dormido.

Brilló de pronto el resplandor del día
con la indecisa luz de la alborada
que rompe el luto de la noche fría;

y absorto ví, de luces circundada,
como la estrella en el azul del cielo,
vírgen celeste con la faz velada.

Hácia mí adelantó con breve vuelo;
posó en mi corazón su blanca mano,
y de mi noche se deshizo el hielo.

«Deja—me dijo—el fétido pantano
en que tu vida se consume lenta;
que Dios no olvida el desligado grano
del polvo que huracan barre y aventa.»

II.

¿Y cómo—pregunté con voz incierta—
salir de la prision en que me veo?
¿Quién rompe los cerrojos de su puerta?

Os estoy viendo junto á mí, y aún creo
que no sois realidad, sino mentida
quimera que me finge mi deseo.—

Y con voz por lo dulce parecida
á la del aura que en la flor murmura:
«¡Desgraciado de aquel—dijo—que olvida!»

¡Ay!—exclamé—mi calle de amargura
no tiene fin, y el ánima cobarde
se apoca en la estrechez de su clausura.

Siempre llegué para la dicha tarde;
que para mí no luce, me imagino,
el sol que para todos brilla y arde.

Nunca creció una flor en mi camino,
ni cristalina fuente de la roca
brotó para el sediento peregrino.

Mi débil mano las tinieblas toca,
y si apartarlas de mi frente quiero,
más se amontonan en mi mente loca.

Abandoné, por otros, el sendero
en el que entré con paso vacilante,
mas con fé viva y corazon entero.

Miro el abismo, de mis piés delante;
retroceder pretendo de improviso,
y el punto de partida está distante!

«Ir siempre en pos de la ventura quiso—
la vision exclamó—tu fantasía,
soñando en un eterno paraiso;

pero al andar sin brújula ni guía,
cada inseguro paso te apartaba
del punto á que tu espíritu tendía.

Y al ir adelantando, se olvidaba
tu corazon de la tranquila fuente
que el caminante en su carrera hallaba.

A ir más allá tu espíritu valiente
aspiraba intranquilo, desbocado
corcel soberbio que el castigo siente.

Con hidrópica sed, desatentado,
queriendo llegar pronto, no veías
la dicha, que pasaba por tu lado.

Pronto regresa á tus primeros dias
por el camino del recuerdo; en ellos
están las verdaderas alegrías.

Dá el sol de la niñez claros destellos,
y vé el humano corazon que tiene
la vida algunos horizontes bellos.

Dichoso el que el recuerdo le mantiene
de su primera edad: toda la vida
en sí la primavera la contiene.

Mi mano te señala la salida
del laberinto en que te ves sumido:
¡Levántate del polvo: soy tu ejida!—

Púseme pié, resuelto y decidido
á seguir la vision, y fuí tras ella,
como el viajero, que se créé perdido,
va siguiendo los giros de una estrella.

III

Y al ir en pos de la vision, hallaba
alguna que otra flor en mi carrera
que con su dulce aroma me brindaba.

El aura, caprichosa mensajera,
en sus alas suaves me traía
los besos de la tibia primavera.

Sierpe de plata, presuroso huía
por el prado el arroyo cristalino,
en que el azul del cielo se veía.

Y de algun ave el acordado trino,
cual voz de alerta que me daba el cielo,
un punto me paraba en mi camino.

Fácil y llano el dilatado suelo,
mis plantas deslizábanse ligeras,
cual si corriesen sobre duro hielo.

La lozana verdura de las eras,
con su incierta esperanza recordaba,
la suerte de las dichas lisongeras.

Clara la fuente del peñon brotaba,
y al rebosar, sus aguas se estendian
por el prado que, ansioso, la esperaba.

Las rojas amapolas se mecían
entre los verdes trigos; y á millares
las golondrinas con placer volvian

desde remotos climas y lugares,
en busca del alero del tejado
y el techo amigo, ¡templos seculares!

Con inseguro vuelo arrebatado,
buscando de su amor los castos nidos,
cantando iban de un lado al otro lado.

Las unas, encontraban derruidos
sus antiguos hogares, y piaban
tristes, como los pájaros heridos;

las otras, mas felices, revolaban
desde el vecino alero á la laguna,
y al alero contentas retornaban;

trayéndose, al volvér, una por una,
las piedras para el templo en què se encierra
con el lecho de amor la humilde cuna.

Venciendo, al fin, tras dolorosa guerra,
brotaban nuevos gérmenes de vida
del fecundo regazo de la tierra.

La trepadora vid, al olmo asida,
era como la jóven que se ampara
de los brazos del hombre que es su ejida.

El agua de la fuente, limpia y clara,
besaba las humildes florecillas,
de sus colores y su aroma avara.

Las aves, sesteando en las orillas
de los rios que corren sin estruendo,
sus amores contábanse sencillas.

Las hojas de los árboles, rompiendo
la densa lobretez de sus prisiones,
iban sus copas de verdor cubriendo;

y cruzaban del viento las regiones
bandadas de ligeras mariposas,
como enjambres de ricas ilusiones.

Acordados acentos, cadenciosas
músicas, palpitando, á mis oídos
llegaban con sus alas misteriosas.

A mi pesar, en vano reprimidos,
al cantar de la vida respondían,
como responde el eco, los latidos

de mi cansado corazón; lucían
los cielos, y las nubes agrupadas,
temerosas del sol, desaparecían.

¡Eran las dulces bodas concertadas
entre el mundo y la hermosa primavera,
del cielo y de la tierra celebradas!

¡Era el principio de la vida, y era
cuando el amor en el amante pecho,
como el sol en el cielo, reverbera!

¡Ah, cómo entonces parecióme estrecho
el mundo que otras veces me ofrecía
de espinas y malezas duro lecho!

Y era, que al par que el mundo renacía,
como la flor al beso del rocío,
mi corazón marchito revivía.

Estraño aliento, desusado brio,
rápidos circulaban por mis venas,
cual corre al mar el caudaloso rio.

De mi dolor ví rotas las cadenas....
¡Por aquellos instantes de deseo
bien se pueden sufrir todas las penas!

Como pregunta al juez, trémulo, el reo:
¿Dónde estoy—pregunté—que todavía
no me acierto á esplicar si dudo ó creo?

¿Quién hace que despierte el alma mia,
tras larga noche de dolor y llanto,
como despierta, sonriendo, el dia?

¿Por qué, después de duelos y quebranto,
yo, que tan sólo pretendí la muerte,
quiero la vida, y ambiciono tanto?

¿Quién cambia así los giros de mi suerte?
¿Por qué, hermosa vision desconocida,
no acierta mi razon á comprenderte?

«Triste, muy triste del mortal que olvida—
contestó la vision esplendorosa—
la alegre primavera de su vida.

Esa inquietud constante y afanosa
que exalta tu razon, es la primera
pasion de nuestras almas, generosa:

primero es leve chispa, luego hoguera,
y en ella, bendiciendo su destino,
se abrasa, al fin, la humanidad entera.»

—¡Oh amor humano, del amor divino
débil trasunto!—prorumpí.—¡Dichoso
del mortal que te encuentra en su camino!

¡Oh sueño de mi vida, misterioso!
¡Oh leves alas con que sube al cielo,
anhelante, el espíritu afanoso!

¡Tú, amor, tapizas el estéril suelo
de ricas flores, y tu viva llama
derrite montes de infecundo hielo:

el mundo todo por señor te aclama,
y en alta voz el corazon publica
que sólo es infeliz el que no ama.

¡Pasion sublime, de entusiasmo rica,
que dá aliento al espíritu cobarde,
y á la maldad y á su poder achica!—

Permite, amor, que vanidoso alarde
haga, por tí, de la pasión intensa,
luz misteriosa que en las almas arde;

porque si el alma enamorada piensa
en el objeto de su amor, alcanza
en el mismo recuerdo recompensa.—

De mi vida en la plácida bonanza
surgió el amor, de su poder armado,
como risueña imágen de esperanza.

Tomó, al pasar corriendo por mi lado,
de una mujer la forma peregrina:
¡un sueño en el que Dios había soñado!

Encendida en el cielo, luz divina,
que al lucir hoy, de nuevo esplendorosa,
el mundo de mi espíritu ilumina.—

Sólo en la edad primera, generosa
ríndese el alma á la pasión. Aún veo
de la mujer que amé la faz graciosa.

Acaso me lo finja mi deseo,
pero en torno de mí aún oigo ansioso
del ángel el suavísimo aleteo.

Tanto y tan hondo amé, que, temeroso,
jamás dijo mi lábio una querella:
sufrí desden y lo sufrí gozoso.

Enajenado en la ocasion aquella,
fué tal mi ceguedad, que no sabía
si estaba en mí el amor ó estaba en *ella*.

Si por feliz acaso la veía,
temblando de sus ojos me ocultaba,
cual huye el crimen de la luz del día.

De todos mi pasion se recataba....
¡En verdad, en verdad que era un delito
amar con la pasion con que yo amaba!

«Ama;—en el alma del mortal ha escrito,
como mandato, Dios—pero amor puro
sólo merezco yo, como infinito.»

Por su inocencia virginal lo juro:
jamás, pensando en ella, por mi frente
cruzó, cobarde, pensamiento impuro.

Y yo la ví gozosa y sonriente,
y el *sí* escuché, por otro demandado,
que pronunció su lábio balbuciente;

y hoy sólo sé que su recuerdo amado
sube hasta el cielo en nube vaporosa,
como el incienso ante el altar quemado.—

Dije con voz cortada y temblorosa,
con los ojos del alma entónces viendo
de la amada mujer la faz hermosa;

cielo de amor, que, siempre sonriendo,
para mí nunca tuvo nube alguna,
el claro espejo de mi dicha siendo.—

Y exclamó la vision:—A la fortuna
bendice, pues contigo no fué ciega.
¡Dichoso el que, al dejar la humilde cuna,
al puerto de su amor tranquilo llega!



IV.

Y fuimos más allá. Con débil planta,
en pos de la vision, entré sereno
en la casa de Dios, tres veces santa. —

Aquel lugar á la ambicion ageno,
su paz tranquila, misteriosa y grave,
vertió la calma en mi agitado seno.

La magestad severa de la nave
en bóveda sombría terminada,
donde anidaba silenciosa un ave;

la luz del sol en rayos destilada
al través de los vidrios azulados,
temblorosa, indecisa, amortiguada;

los muros por el tiempo grietados;
los mónstruos de granito, aberraciones
de siglos en el polvo sepultados;

los blancos y severos panteones
de monarcas, de sábios, de guerreros,
de monges y perínclitos varones;

del órgano los ecos lastimeros;
el humo del incienso perfumado
que exhalaban sagrados pebeteros;

las de cuerpo gentil, rostro ovalado,
vírgenes de granito, respetadas
del tiempo á las ruinas avezado;

las moribundas lámparas colgadas
ante el altar: las sombras silenciosas,
con la penumbra y con la luz mezcladas;

de un cantó funeral las misteriosas
notas dolientes, como el hielo frías,
y como el mar y el bosque rumorosas;

lúgubres y severas armonías
que en el fondo del alma despertaban
los cantos de David y Jeremías;

todo, todo mi espíritu embargaba,
y parecióme que invisible mano
del suelo terrenal me levantaba.—

De rodillas caí, como el liviano
y ondulante ciprés que cae herido
por el rayo de empuje soberano.

Mal el llanto en mis ojos retenido:
—¡Madre—exclamé—tu espíritu invisible
á tu lecho de muerte me ha traído!

Dí, madre: ¿no es verdad que es imposible
que se convierta en polvo, en humo, en nada,
lo que es, para el espíritu, visible?

Vuelva á mi pecho de la edad pasada
la fé sencilla, y á mi lábio acuda
la oracion que por tí me fué enseñada.

De mi existencia en la batalla ruda
rezar quise mil veces, pero en vano;
mi torpe lengua se negaba, muda.

Dáme con la oracion el soberano
lenguaje de las almas: para hablarte
necesito un acento sobrehumano.

Pudo del hijo la oracion faltarte,
pero á mí nunca me faltó el deseo
de verte una vez más, y mil besarte.

Madre del alma: convencido creo
que es tu mirada celestial la lumbre
á cuyos vivos resplandores veo.

Subí con paso incierto hasta la cumbre
del humano dolor; dudé de todo...
¡Cuán amarga es la negra incertidumbre!

¡Dichoso, madre, al fin, pues hallé el modo
de llegar hasta tí! La oracion santa
mi cuerpo saca del impuro lodo,
y hasta á tu misma alteza lo levanta.

V.

Salí del templo y proseguí el camino,
de la vírgen celeste acompañado,
bendiciendo gozoso mi destino.

Allá, en el horizonte dilatado,
del sol naciente al resplandor primero,
un pueblo despertaba alborozado.

Hasta mi oído el viento, mensajero
de los sonidos, rápido traía
como el sordo rumor de un hormiguero.

A la indecisa claridad del día,
templos, fábricas, torres, altos muros,
la mirada entre brumas distinguía.

De la fábrica el humo, en inseguros,
revueltos giros, diáfano volaba,
como el incienso, á los espacios puros.

La campana del alba volteaba,
y con su lengua viva y elocuente
en el nombre de Dios al pueblo hablaba.

Todo para el trabajo, diligente
se aprestaba, al lucir esplendorosa
la luz del sol en el rosado oriente:

En la ciudad, la fábrica ruidosa;
en el campo, la azada y el arado,
el tardo buey, la mula vigorosa;

y á la vez que el incienso consagrado,
subia en espirales á la Altura
el humo por la fábrica impulsado.—

—«Febril el hombre, con afan procura
hacer, por el trabajo inteligente,
digno del Creador la criatura.

Nada es, para su empeño, indiferente:
ni el fuego que devora las entrañas
de la tierra, ni el agua del torrente,

ni el rayo que destroza las montañas,
ni las nieves perpétuas de las cumbres,
ni el fuerte roble, ni las leves cañas;

y triunfador, al fin, de incertidumbres,
sometiéndolo todo á su grandeza,
se liberta de infames servidumbres.

La redencion para el esclavo empieza
cuando empieza el trabajo, cuando cede
el brazo material á la cabeza.

¿Quién librarse del trabajo puede?
Al ócio vil, á la pereza bruta,
la indiferencia criminal sucede.

Sigue la humanidad certera ruta:
sustituye el palacio á la cabaña,
cual la cabaña sucedió á la gruta.

Alguna vez agitacion extraña
un punto la detiene; mas la nube
no apaga el sol ni su pureza empaña.

Sus invisibles alas el querube
le dá; con ellas, remontando el vuelo,
al cielo, que es el bien, rápida sube.

Quien no se abraza en el ardiente anhelo
de combatir en la contienda humana,
baje la vista, como el bruto, al suelo.»—

Así dijo la vírgen soberana
cuyos tranquilos pasos yo seguia,
en tanto que la luz de la mañana
por la ciudad y el campo se estendia.

VI.

Con sus ardientes rayos brilladores
el sol del Medio día iluminaba
la casa secular de mis mayores.

La celeste visión me acompañaba,
y envuelta entre los pliegues de su manto,
cuidadosa, la faz se recataba.

—«Tras de tanto dolor y duelo tanto—
dijo—llegaste al fin. Seca en tus ojos
las abundantes fuentes de tu llanto.

¡Feliz el que no deja, por despojos,
los íntimos afectos de su vida
del camino en los ásperos abrojos.»—

¡Era mi humilde casa; la escondida
mansion en donde, por la vez primera,
lloré del cielo al mundo mi caída!

¡Era mi humilde casa; el templo era
donde mi cuna se meció, arrullada
por las brisas de eterna primavera!—

Todo lo encontré igual que en la pasada
y alegre juventud: nada había muerto;
no había, tampoco, envejecido nada.

El mismo hogar para la leña abierto,
el mismo són de la tranquila fuente,
y hasta los mismos árboles del huerto:

el mismo espejo limpio y reluciente,
en que mi madre contemplara un día
el cielo, siempre claro, de su frente:

las mismas dulces calma y alegría;
la misma leve lámpara oscilando
sobre el lecho en que, casta, se dormía:

la misma cuna en que soñé, pensando
en las dichas sin nombre de la infancia,
de maternal canción al eco blando:

el mismo Cristo en la tranquila estancia,
el mismo nido en el oscuro techo,
la misma de honradez pura fragancia.

—Hasta lo más profundo de mi pecho
llega la sávia de la vida. ¡Oh nido!
¡Cuán mezquino es el mundo, y cuán estrecho!

Hoy vuelvo á tí, cual pájaro perdido
que encuentra, al fin, el hueco deseado,
y muere en el lugar en que ha nacido.

Este el tranquilo puerto, y sosegado,
fué, en donde se meció mi pobre cuna,
léjos, léjos del mar alborotado.

Nunca llegó hasta aquí tormenta alguna,
ni del mar de la vida impetüoso,
ola vino contraria é importuna.

Sueño de mi niñez, esplendoroso;
tranquila fuente; lámpara oscilante;
caritativo hogar; techo medroso;

golondrina parlera, que constante
alegras del tejado los aleros,
cantando siempre plácida y amante;

amigos de mi infancia, verdaderos;
testigos de mis francas alegrías,
¡bien hallados seais, mis compañeros!

Narradme las historias de otros días;
que habrán de ser para mi alma amenas
contadas por vosotros, siendo mías;

esas historias, de perfumes llenas,
que atan al hombre al templo de su casa
con las de amor dulcísimas cadenas.—

Del hogar vivo fuego que no abrasa,
brilla como en las noches del invierno
en que el viento los árboles arrasa:

arbusto, del jardín huésped eterno,
tiende hácia mí tus ramas seculares
y estréchame en tus brazos dulce y tierno.

Habladme todos, mágicos lugares,
flores, árboles, lecho, fuente, nido,
leve rumor y plácidos cantares!

Alegrémonos, sí; porque el perdido
náufrago las orillas ha ganado,
y del puerto se ampara arrepentido.—

Así exclamé, besando, arrodillado,
los umbrales del templo de mi casa;
¡los mismos que mi madre había pisado!

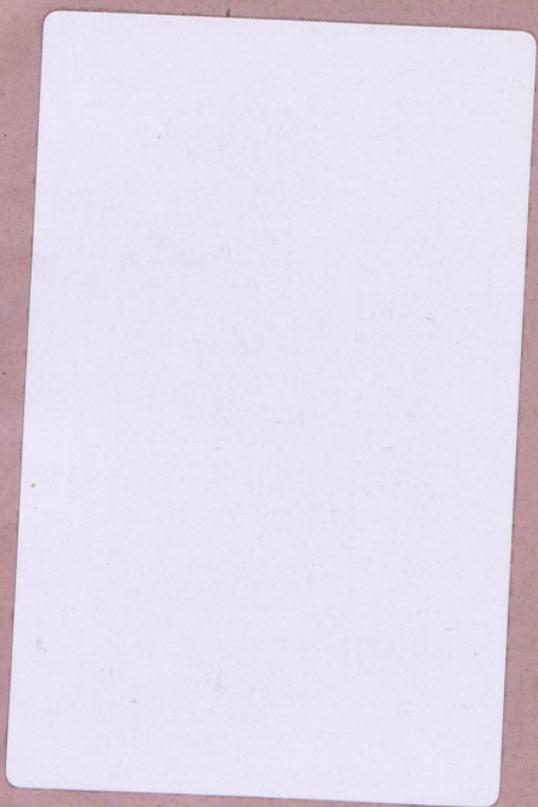
Y proseguí:—¡Mentira; nunca pasa,
como la estrella en noche del Estío,
esta pasión que el corazón me abrasa!

¿Quién eres tú, que el débil paso mío
á tan seguro puerto enderezaste,
y de mi noche disipaste el frío?

¿Quién eres, que, bondosa, á mí llegaste,
de resplandor purísimo vertida,
y algo que en mí dormía despertaste?—

—«Yo soy la Fé, del cielo descendida:
me tendrás en tu hogar, á la vez siendo
tu escudo, tu broquel, tu fuerte ejida.»—

—¿Quién-pregunté-del mundo en el estruendo
me prestará valor?—«Oye»—me dijo:—
y absorto, y silencioso quedé, oyendo
por la primera vez llorar á mi hijo.



Francisco Alvarez y C.^ª. Editores

A fines del mes de Octubre pondremos á la venta una edicion microscópica de

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
DE LA MANCHA

del inmortal CERVANTES.

Formará un pequeño volúmen de 640 páginas, tamaño 16.^o francés, impresa en cuerpo seis, única en España hecha en estas condiciones.

Su precio 30 reales en toda España.

Llevando la obra al final la lista de suscritores. se entiende que las suscripciones han de quedar cubiertas en todo el mes de Octubre.

Para formar parte de la lista de suscritores es preciso haber satisfecho el importe, que puede remitirse á los Editores, ó en Madrid en casa de don Ramon de Orense, Oriente, 6, 2.^o